

LA REFORMA ITALIANA EN LA ENSEÑANZA

Por CESARE A. GULLINO

UNA de las características más destacadas del régimen mussoliniano, que en los últimos veinte años ha renovado enteramente a Italia, es que representa la realización progresiva de reformas que abarcan toda la vida nacional y constituyen una verdadera revolución desde arriba, o sea, una revolución constructora en la que se fundan armoniosamente los ímpetus de renovación con la ponderación y la conservación de los valores permanentes, asegurando la máxima eficacia con el desgaste mínimo y sin alternativas extremistas que agotan las energías de los pueblos en conatos estériles.

Quizás esta fisonomía peculiar de la obra mussoliniana, su capacidad de modificar profundamente las condiciones preexistentes sin cegar las fuentes perennes que las crearon y sin renunciar a conservar de ellas cuanto pueda ser útilmente aprovechado, tenga que atribuirse a la preparación profesional de Mussolini como maestro de escuela elemental para la que había adquirido los fundamentos de la cultura—que su genio privilegiado desarrolló después de una manera prodigiosa—sin alejarse excesivamente de la vida práctica de la acción cotidiana.

Este equilibrio entre la tendencia intelectual al análisis, que embota el impulso para la acción y el sintetismo espontáneo que impide que ésta sea convenientemente dirigida y contenida, se refleja también en la reforma italiana de la enseñanza, que despertó recelos y prevenciones en los campos más opues-

tos de los intelectuales y de los hombres de acción, hasta que los resultados vinieron a demostrar que se trataba de una síntesis feliz y fecunda, superior a todas las previsiones y disquisiciones teóricas y abstractas.

A este feliz resultado contribuyó de una manera preponderante la superación de los prejuicios liberales referentes a la religión, que, bajo el pretexto de la libertad de enseñanza, en realidad descuidaban uno de los factores más conspicuos de la educación y de la cultura.

La primera finalidad de la reforma italiana de la educación consistió en restaurar la fe en las fuerzas espontáneas del espíritu, asignándoles como finalidad la formación de la personalidad individual sin la preocupación de reducirla a un patrón uniforme y enciclopédico, porque solamente así el espíritu queda verdaderamente libre y puede alcanzar las cumbres más elevadas.

Mientras que en los regímenes liberales y demagógicos la educación era considerada desde un punto de vista utilitario, como instrumento para conseguir títulos y diplomas de valor esencialmente teórico, pero que eran esgrimidos en la lucha económica, la reforma mussoliniana de la educación se propuso restaurar el valor de la auténtica cultura, y la actividad cultural, actualmente intensísima en Italia, a pesar de las circunstancias adversas de la guerra, demuestran hasta qué punto el resultado propuesto ha sido conseguido.

Por un lado, se ha elevado y perfeccionado la personalidad conciliando la escuela con la vida, y, por el otro, se ha contenido al individualismo atomizador característico del liberalismo simplista, que al exaltar las formas abstractas de la cultura y sus manifestaciones esporádicas y desligadas de toda disciplina moral agotaba su eficacia.

En el actual período histórico, con su dinamismo característico, que en algunos momentos alcanza un ritmo vertiginoso de paroxismo, es necesario evitar tanto la agitación incompuesta de los inadaptados cuanto el retraimiento anaacrónico y estéril

de los rezagados: la educación moderna tiene que preparar a las jóvenes generaciones a mantenerse en contacto estrecho y fecundo con la realidad para domeñarla.

Para que Italia pudiera intervenir tan intensamente en la vida internacional de los últimos veinte años, hasta desafiar al poderoso Imperio británico, sacudiendo su tutela interesada a tan poca distancia del resurgimiento de la nación italiana, era necesaria una cultura renovada de más amplios horizontes y de mayor vitalidad interior.

El intelectual, que no se renueva continuamente en contacto con los problemas que brotan sin cesar al proceder de la Historia y pretende examinarlos desde su mundo de papel, juzga los hechos nuevos con criterios y esquemas anacrónicos e inadecuados, mientras que los hombres de acción, capaces de torcer en un momento decisivo el curso de la Historia, necesitan luego una educación y una cultura que les permita comprender y domeñar virilmente a las fuerzas históricas que actúan en la vida de los pueblos.

La nueva educación italiana entiende conservar y exaltar todo el poder constructivo de la inteligencia y de la cultura conyugándola con el ímpetu del sentimiento para que la acción resulte vigorosa y fecunda, aunque contenida en un marco ético y moral adecuado para su eficacia.

No cabe duda de que con la reforma de la educación Italia se ha acercado más al espíritu de su sino histórico, lo que le ha permitido multiplicar sus energías y alcanzar resultados que hace unos años se estimaban poco menos que utópicos.

•

•